

JAPÓN EN LA FICCIÓN ACTUAL ARGENTINA (2014-2019)¹

Japan in Contemporary Argentine Fiction (2014-2019)

Lila Bujaldón de Esteves

Centro de Literatura Comparada "Nicolás J. Dornheim"
Universidad Nacional de Cuyo
lilabujaldon@gmail.com

Resumen

Dentro de un proyecto de largo alcance, centrado en la imagen del Japón en la literatura argentina, este artículo tiene como objetivo actualizarlo, por medio de la incorporación de textos de distinto género, aparecidos en los últimos cinco años: cuentos y novelas, diario y relato de viaje. A través de un análisis imagológico, surgen las líneas ya tradicionales para aquella representación cultural "exótica", así como sus novedades, ancladas tanto en la contemporaneidad de los textos, como en la singularidad de estas escritoras y escritores argentinos.

Palabras clave: imagen del Japón; literatura argentina; Miguel Sardegna; Lucía Kamiya; Paula Brecciaroli; Sancia Kawamichi; Lucía Puenzo; Mori Ponsowy.

Abstract

In the context of a larger, ongoing research project centered on the image of Japan in Argentine literature, this article aims to incorporate texts belonging to different literary genres published in the last five years: short

¹ Una primera versión de este artículo fue presentada en las XII Jornadas Nacionales de Literatura Comparada (Universidad Nacional de Córdoba, del 26 al 29 de julio de 2017).

stories, novels, journals and travel narratives. An imagological analysis reveals the traditional lines for the cultural representation of the “exotic” as well as novelties, anchored in the contemporary status of the texts and in the singularity of these Argentine writers.

Key-words: Japan’s image; Argentine literature; Miguel Sardegna; Alejandra Kamiya; Paula Brecciaroli; Sancia Kawamichi; Lucía Puenzo; Mori Ponsowy.

Frente a la ya larga lista de relatos y crónicas de viajeros argentinos al Japón (Bujaldón, 2013), aparece en los últimos años un grupo de textos ficcionales que tienen en su centro a aquel lejano país a través de sus leyendas, historias, personajes y nuevos ámbitos de actualidad, incluso estos últimos elegidos como tema en la novela argentina *Otaku* de Paula Brecciaroli.

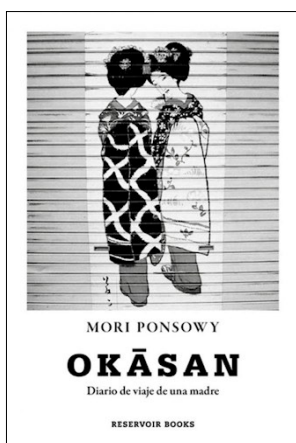
El abordaje imagológico destinado a la ficción deja la sencillez, la inmediatez de describir y de explicar la imagen de la cultura extranjera por los intereses manifiestos y valoraciones propias del viajero o cronista extranjero. Lo testimonial, inherente al relato y a la crónica de viaje, deja paso al camino de la interpretación en cuyo centro está el autor literario. Su nacionalidad, pertenencia cultural y singularidad histórico-literaria, así como las exigencias del género que ha escogido, integran la posible explicación de la imagen sobre otra cultura que plasma en su texto: la así llamada hetero-imagen o hetero-imagotipo (Leersen, 2007: 342-344). Más mediada, oculta o sujeta a interpretación resulta sin embargo su propia auto-imagen. Los ejes valorativos de su contexto epocal y cultural podrán contribuir a explicarla, más que el juego textual de lo propio y lo ajeno.

La mayoría de los autores y autoras de las novelas y cuentos con temática japonesa abordados en este artículo² han recibido premios

² Se trata, en orden cronológico, de: *Hotaru* (2014) de Sancia Kawamichi, *Los árboles caídos también son el bosque* (2015) de Alejandra Kamiya, *Otaku* (2015) de Paula Brecciaroli, *En el hotel cápsula* de Lucía Puenzo, *Hojas que*

y distinciones; sus textos circulan en reseñas y son accesibles en librerías, incluso hay algunos entre ellos, como Miguel Sardegna y Alejandra Kamiya, que ya son señalados como cultores de este espacio cultural oriental en Argentina. Por su parte, el autor de *Hotaru* cambia su nombre de Martín Sancia a Sancia Kawamichi para mejor identificarse con sus antepasados japoneses, mientras que los textos de Lucía Puenzo y Mori Ponsow se encuentran en la estela de los relatos de viaje.

Revelaciones en las antípodas. Japón: la distancia como clave



En el formato de un diario, *Okāsan* (2019) de Mori Ponsow narra un viaje a Japón de catorce días de duración, medidos desde el día cero hasta el último. El objetivo de la viajera es visitar a su hijo, quien se encuentra en Tokio estudiando con una beca. Madre e hijo realizarán juntos un recorrido por diversas ciudades, pueblos y paisajes, además de moverse en Tokio, donde vive Matías.

El relato de los lugares que visitan cada día se alterna con otros capítulos, diferenciados por la grafía, destinados al recuerdo de momentos y situaciones del pasado que explican sobre todo la historia familiar y el tipo de vínculo que los une: uno muy intenso, casi exclusivo entre madre e hijo, por la ausencia del padre y la falta de otros hermanos. Solamente los abuelos maternos han acompañado a la madre durante el crecimiento del niño.

caen sobre otras hojas (2017) de Miguel Sardegna y *Okāsan* (2019) de Mori Ponsow.

La causa de la elección de Japón como lugar de residencia del hijo se develará con claridad ya que, precisamente por su lejanía extrema, posibilitará a ambos la transformación de ese vínculo estrechísimo: la ruptura hacia la madurez por parte del hijo y su consecuente aceptación por parte de la madre.

Pero junto al sentido revelador de esta experiencia para la viajera, en la mejor tradición de la literatura de viaje, de encontrarse en el lugar diametralmente opuesto al propio, Buenos Aires, se desgranán las diversas notas que han configurado en la literatura argentina desde su inicio la así llamada “imagen del Japón” con su repetida “niponfilia” o valoración positiva.

Así como lo puntualizó Eduardo Wilde, pionero del texto de viaje a Japón a fines del siglo XIX (Bujaldón, 1995: 464) nuestra viajera destaca reiteradamente las notas de silencio, pulcritud, armonía, amabilidad, cortesía, respeto por la naturaleza, pervivencia de lo antiguo en lo nuevo y un refinamiento estético innato, que tanto en un medio urbano y suburbano como rural le salen al paso y decide consignar.

Las condiciones climáticas que la acompañan no son las de la reiterada primavera, como en el caso del mencionado Wilde o Jorge Max Rohde durante sus estadias, o el invierno que aqueja las páginas de diario de Matías Serra Bradford, sino el verano tórrido y lluvioso, de súbitos temporales, a los que siempre contrarresta un paraguas generoso ofrecido por un circunstancial japonés, y que por otra parte como fenómeno meteorológico no hace ninguna mella en la puntualidad extrema de los trenes.

La ubicación precisa de la proveniencia de la viajera, la ciudad de Buenos Aires, perfila el otro término de comparación, la así llamada auto-imagen que en este texto está presente casi siempre en forma tácita. Si se precia la falta de cercos y rejas en una pequeña ciudad, la ausencia absoluta de basura en las calles, el silencio de las grandes avenidas, la delicadeza de los grandes edificios frente a la ostentación

esperable, debemos reconocer que para la viajera serían condiciones deseables y carentes en su lugar de proveniencia.

La reiterada dificultad, casi insalvable para un extranjero, es la escritura japonesa. En numerosas ocasiones, la viajera que se define como escritora, aborda el mundo de los *kanji* y se anima a transcribirlos junto a la versión fonética. Y son esos signos precisamente los que le develarán o ayudarán a comprender el problema de su angustia. El hijo, que oficia de intermediario de la visitante en el país lejano, la presenta y nombra como *Okāsan*, madre, palabra representada por 4 *kanjis*. Solo el *kanji* central en el grupo apela gráficamente a la esencia de la maternidad: sus dos puntos pronunciados están por sendos pezones propios del rol nutricional y excluyente de una madre. El resto de los *kanjis* hacen a lo honorífico y al respeto que rodean a esa mujer. Para la viajera, metafóricamente, esos *kanjis* son los que la distancian del hijo, los que –como los miles de kilómetros que los separan ahora– muestran el final de este rol materno nutricional motivado por el crecimiento hacia la independencia. Conjuntamente apuntan el surgimiento de otro ser humano totalmente libre como es ahora su hijo.

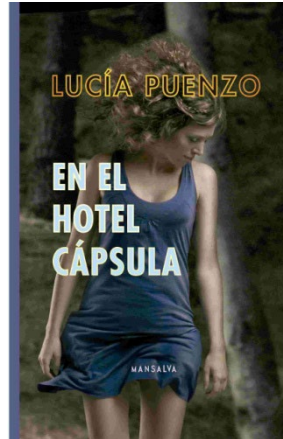
Por otra parte, en el mundo de las antípodas, como lo es Japón, la viajera también ha podido reconocer la primigenia semejanza que une a los seres humanos. Dos momentos del viaje se lo confirman: en el capítulo final y último momento de la visita a Tokio, desde un edificio que por su altura de trescientos cincuenta pisos perfora el cielo, la viajera reflexiona sobre la insignificancia del ser humano. En otra ocasión, en un baño termal que comparte con otras mujeres, en que la desnudez facilita la percepción de la similar fragilidad precisamente en su papel de madres, concluye:

Lo que nos hace parecidas es mucho más que todo lo que nos diferencia. Amo estas mujeres. Me siento una más entre ellas. Imagino que en los albores de la humanidad habremos hecho lo mismo. Nos habremos bañado desnudas juntas, bajo las estrellas. Habremos extrañado a nuestros niños que, ya adultos, se han ido

de casa. Habremos llorado, sin estar del todo seguras si esto es la felicidad (Ponsow, 2019: 56).

Japón: experiencias inéditas de erotismo y tradicionales de misticismo

El texto *En el hotel cápsula* (2017) de Lucía Puenzo forma parte de una trilogía de relatos cuyo tema común es la diversidad de tipos de erotismo en espacios geográficamente lejanos: Tailandia, Cuba y Japón. Además, en el caso de Bangkok y La Habana median también ambientes de festivales de cine, de los que la autora puede dar buena cuenta por su reconocida trayectoria como directora cinematográfica.



El relato que se desarrolla entre Tokio y Kioto, y que da el título al libro, pareciera concentrar lo más peculiar y extraño en la actualidad de aquel país: las minúsculas habitaciones hoteleras, “cápsulas”, que nos recuerdan nichos de los cementerios tradicionales occidentales, junto a un erotismo “platónico” o virtual nutrido a partir de prendas íntimas de adolescentes, que se consiguen en expendedoras automáticas. La ultramodernidad del diseño de recintos microscópicos para dormir por unas pocas horas a bajo precio en las cercanías de las estaciones de tren se completa con el detalle del reglamento que rige en ellos en cuanto a la higiene, el silencio nocturno, los horarios y el derecho de admisión. Juan Caparrós (2007) ha dado cuenta también de este singular hospedaje en sus crónicas niponas, en paralelo con la pornografía y otras formas de erotismo. Por otra parte, el encargado de uno de estos establecimientos, que vive en forma permanente en una de esas cápsulas, es el personaje que descubre a la protagonista sus experiencias eróticas que a la vez reproducen la eterna búsqueda

masculina de la mujer ideal, reducida aquí a un aroma (el que desprende la prenda íntima en cuestión). Keiko, una pasajera circunstancial en el hotel, que llega al mismo tiempo que la protagonista, le otorgará el rostro y el nombre a esa entealequia amorosa, según le confiesa el enamorado Ryo, encargado de aquel “hotel cápsula” en las cercanías de Tokio. La protagonista concluye así sus reflexiones:

Lo perturbador del relato no fue que lo contara sin la menor consciencia de que pudiera resultar extraño o perverso... Fue la dulzura con la que me confesó su amor por esa mujer imaginaria con la que dormía quién sabe desde hacía cuántos años. (Puenzo, 2017: 96).

Junto a la experiencia de pernoctar en este tipo único de “hotel”, la joven turista argentina que protagoniza el relato se aloja en Kioto, en las dependencias de un templo budista que ofrece seminarios de meditación zen. La habitación que allí se le destina, el monje que la guía, los días enteros destinados a la meditación, así como las tareas manuales que debe realizar para el templo, reproducen la imagen del Japón de la religiosidad y la sabiduría, similar a la que J. L. Borges transmitió luego de sus dos tardíos viajes en diversos cuentos. Se trata de un Japón que encarna la más antigua tradición. L. Puenzo escribe: “Los siglos no parecían haber pasado del otro lado del portón” (2017, 78) y “más bien parecía un albergue de peregrinos suspendido en el tiempo” (2017: 79).

Encarnados en Tokio y en Kioto respectivamente, la autora presenta por un lado la actualidad de una sociedad hiperpoblada, que obliga a dormir en minúsculos receptáculos, y cuyo entorno deshumanizador suplanta el encuentro erótico por algún fetiche sucedáneo. Se completa la presentación de la sexualidad de ese entorno cultural, calificada por L. Puenzo como de “picardía” de las adolescentes por mostrarse ambiguamente como ingenuas colegialas, así como apunta la existencia de un alto porcentaje de amas de casa que llevan una doble vida, dedicadas a la prostitución. Si el exceso de las fiestas con alcohol y morfina se sitúan en su estadía en Tokio, por otra parte

las horas de tren, en el emblemático “tren bala”, llevan a la protagonista al complejo de templos a las afueras de Kioto, donde cientos de monjes estudian el budismo zen. Maravillosos jardines, antiquísimas instalaciones, silencio, frugalidad y meditación conforman ese otro Japón que sigue existiendo, anclado en el tiempo.

Tradicionalidad, inmigración y algo más en los cuentos de Miguel Sardegna y Alejandra Kamiya

Hojas que caen sobre otras hojas (2017) de Miguel Sardegna es una colección de diez cuentos con temática japonesa, seis de los cuales delatan la proveniencia argentina del autor, ya que ponen en relación ambos espacios culturales. Su autor ha obtenido con ellos el Primer Premio Municipal Ciudad de Buenos Aires 2010-2011 y también ha recibido el Premio mención novela Clarín 2016 por su obra *Los años tristes de Kawabata*, que lamentablemente aun permanece inédita.

El epígrafe de Lafcadio Hearn, “El primer hechizo de Japón es tan intangible y volátil como un perfume”, anuncia tanto la imagen del Japón que se desarrollará en los relatos, como la mirada mediadora del occidental que la emprende. El Japón presentado es el tradicional, anterior a la irrupción de la modernización occidental, marcado por la perfección estética donde la naturaleza ejerce un papel central. Solo un cuento, “Fría luz de luciérnagas”, se enmarca en un tiempo más cercano, ya que aborda las consecuencias físicas de la radiación en el abuelo de la familia después de la bomba de Hiroshima. Por el contrario, “Declinación y belleza” recupera el final trágico de los samurái por defender a sus señores, condenados a desaparecer por el triunfo de la modernización a fines del siglo XIX. Templos, aldeas de pescadores, lugares legendarios, parques sagrados y espacios naturales sacralizados conforman los escenarios de estos cuentos. Solamente en aquellos en que entra en juego el espacio argentino surge un sentimiento de temor o desconfianza frente a esta cultura lejana, como en el cuento “Viaje al Japón”. Quien tenía intención de viajar, percibe que mejor es no arriesgarse

a esa experiencia perturbadora; por otra parte, quien sí viajó deberá afrontar consecuencias alienantes a su regreso, como en el relato “La práctica del zen es difícil”. En el caso del cuento “Una novela de go”, con el marco porteño de la Asociación Argentina destinada a este juego de tablero oriental, M. Sardegna realiza un homenaje al famoso relato del autor austriaco Stefan Zweig, “Una novela de ajedrez”. Los numerosos elementos que ponen en relación esta narración argentina sobre tensas partidas del juego chino con las que llevan adelante los pasajeros de un transatlántico en un torneo de ajedrez, en el relato en alemán, merecen un detallado análisis comparatista desde la así llamada “recepción creativa” o “recepción productiva”.



Alejandra Kamiya, el apellido de la autora nacida en la Argentina de *Los árboles caídos también son el bosque* (2015), nos adelanta su origen inmigratorio. Ha sido premiada varias veces por sus cuentos, galardones ampliamente justificados por la maestría de algunos relatos que integran esta nueva antología reimpressa en 2016. De sus doce cuentos, solo un tercio de ellos tienen marco y temática japoneses, e incluyen en algunos casos –como en “Arroz” y “Partir”, la peripecia identitaria tanto de quienes emigraron desde Japón como de sus hijos argentinos. “Desayuno perfecto”, por su parte, aborda el tema del suicidio, que también es central en el cuento “Mar de árboles” de la colección antes mencionada de M. Sardegna. En ambos casos se trata de mujeres suicidas, pero para Alejandra Kamiya el escenario no es aquel ominosamente tradicional a los pies del monte Fuji elegido por M. Sardegna, sino la cocina de la casa donde la protagonista, un ama de casa ejemplar, se mueve día a día. La máxima perfección estética lograda a través de la elaboración del desayuno junto a la soledad más absoluta preparan en muy pocas páginas la decisión final de quitarse la vida, anunciada solo por un

detalle: la predilección del “exótico” jabón de coco que señala una zona incierta de anhelos inalcanzados.

El cuento “El pozo” puede interpretarse como un alegato pacifista en que un soldado raso japonés descubre por su propia experiencia el proceso de deshumanización a que ha sido sometido durante años y decide liberarse de él.



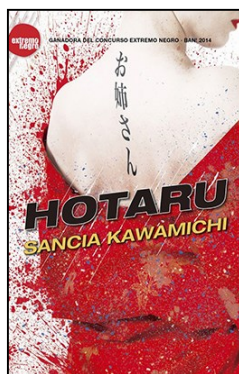
Los cuentos que tocan la problemática del inmigrante japonés en la Argentina no son favorables en un todo al lugar de acogida. El espacio japonés es visualizado en ellos como muy elevado culturalmente y, por otra parte, el espacio receptor peca de agresivo para con el extranjero. Vehículo para conocer la cultura extraña es la gestualidad, como la que hace a la limpieza del arroz, y el diferente alcance semántico de conceptos como muerte, despedida, honor, silencio, dolor. El título de la colección de estos relatos está tomado precisamente del cuento “Partir” en que el padre japonés de la protagonista le confiesa que una de las causas para quedarse en Argentina fue el hecho de que en Bariloche no retiraran los árboles caídos por considerarlos todavía como parte del bosque.

La protagonista cierra el círculo de su identidad otorgándole al niño que nace un nombre japonés, Kento, con la conciencia de pertenecer a ambos mundos: “Siento que soy parte de algo mucho más grande. Algo que empezó del otro lado del mundo, donde la gente acomoda los zapatos cuando se los saca, y sigue acá, donde la gente los deja como quiere” (Kamiya, 2015: 114).

Novelas de *luciérnagas* y de *otakus*

Hotaru (2014), novela de Sancia Kawamichi, fue ganadora del concurso Extremo Negro en el año de su aparición. Hasta entonces su autor era conocido como Martín Sancia y había escrito cuentos para niños. La novela lleva una dedicatoria a los antepasados japoneses que confirma los orígenes del autor, así como la intencionalidad de enmarcarla en aquel mundo lejano, cuyo primer mensajero es el epígrafe de un poeta japonés del siglo XII. Por las palabras de Kamo no Chōmei –“luego el viento se dirigió al sur y causó más aflicciones”– se anuncia el final trágico de esta historia que se desarrolla en los años setenta en la Argentina.

El argumento aúna dos historias y espacios: dos japonesas, Kaede y Maeko, viajan en la década del 70 a Buenos Aires; por amor, una de ellas comparte los planes de secuestro de un grupo de montoneros para ser finalmente aniquiladas junto a ellos por la policía en una casa donde estaban refugiadas. El espacio japonés está identificado con las dos geishas que han viajado. Su cultura, refinamiento y erotismo diferente se trasplantan en la decoración de un galpón abandonado de la localidad de Derqui, donde van a dar las japonesas. Desde el espacio argentino se muestra en la gente común (los vecinos, un taxista, la empleada en la estación de ferrocarril y la misma policía), admiración y respeto por ese mundo «bello y lejano», cuyo símbolo son las luciérnagas, “hotaru”.



Desde las japonesas transplantadas al espacio argentino, Maeko, que desconoce el idioma, rechaza absolutamente el nuevo medio por la incomodidad y suciedad, los insectos amenazantes y el confinamiento a que están sometidas. A ello se suma la situación agravada por la competencia amorosa con el argentino Dantori por Kaede, su media hermana. En el caso de la segunda japonesa, Kaede, por amor mantiene su decisión de permanecer junto al amado y

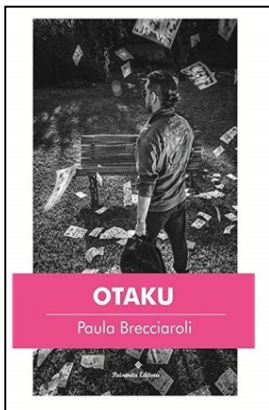
arrostrar lo que esto le depara. Ella conoce el idioma por haber hecho en Buenos Aires su escolaridad primaria.

En síntesis, podríamos decir que la recuperación del espacio japonés “galante” se realiza a través de la figura de la geisha y lo que ellas instalan en la cultura huésped. Para ello se despliegan listas significativas de objetos que componen la configuración de la cultura japonesa: geiko, Gion Kobu –barrio galante de Kioto–, origami, *Libro de la Almohada*, novelas del mundo flotante, incienso, luciérnagas, Basho y sus *haiku*, cría de luciérnagas, *ikebana*, caligrafía, kimono, platos exquisitos (*yoshuko*, *barazushi*) y juegos de entretenimiento (*tora-tora*).

Al Japón “heroico” y de la “espada” solo se alude con el cliché del kamikaze y del guerrero despiadado y astuto que despierta gran temor, ya que en la novela una presunta colaboración de japoneses con los montoneros significa una honda preocupación para la policía local. La total incompreensión respecto de la situación en que se encuentran y perecerán las geishas japonesas ahonda el fracaso del contacto cultural, en paralelo con el de los montoneros aniquilados.

Un *otaku* argentino

En 2015 apareció la novela *Otaku* de Paula Brecciaroli, autora que ofrece en su trayectoria otras novelas, cuentos y un significativo trabajo editorial. El epígrafe de la novela, “El problema del animé es que está lleno de otakus”, pertenece al director de cine japonés Hayao Miyazaki, famoso precisamente por su trayectoria en el animé. En la frase adelanta una descalificación local para el *otaku*, protagonista de la novela que nos ocupa.



La denominación de *otaku* proviene de la influencia de los nuevos medios sobre la cultura juvenil a comienzos de los años

ochenta. Se trata de un apelativo que caracteriza a quien escribe sus propias historias en la tradición del *manga* elegido, se viste como el personaje preferido de estas series de dibujos y se encuentra con otros “fans” similares en eventos como festivales o mercados de historietas y objetos de identificación.

La novela presenta a Gastón, un *otaku* de casi 40 años que vive en Buenos Aires, cuya existencia se centra en un momento de gloria anterior, 1997, en que realizó con gran éxito un primer festival de *animé* japonés. Se precia de haber traído entonces de Japón el material y las revistas a través de un gran esfuerzo de organización. La máxima aspiración es volver a realizar algo similar para lograr el respeto de una generación joven que ya no lo recuerda ni respeta. También está a la búsqueda de un holograma de mujer ideal, como cree que Japón ya ha logrado.

Este *otaku* argentino vive en la máxima estrechez y dependencia, ya que no tiene trabajo propio, sino que le ayuda a su padre como plomero ocasional, y ocupa con él un pequeño y sórdido departamento en la calurosa capital. Sus pertenencias se reducen a una computadora, un gato y a pilas de álbumes de historietas japonesas. Tampoco ha logrado una vida afectiva positiva, ya que guarda una especie de amor platónico por una chica que ha conocido fugazmente en el ambiente de los festivales y ferias de historietas, por otra parte como única actividad social que Gastón frecuenta. Los celos y las rencillas con el circunstancial rival, así como con otros interlocutores de los ambientes que frecuenta, se centran y versan sobre los personajes de las historietas a que adhieren. La novela ofrece un pequeño episodio de suspenso, de tipo policial, en que desaparece una chica filmada en un festival “cosplay”, es decir donde los concursantes concurren disfrazados como el personaje admirado.

Un amigo, Claudio, comparte con el protagonista la pasión por *mangas* y *animé* y reproduce su mismo tipo de existencia, ya que vive también con sus padres y trabaja fugazmente en un locutorio. Esa amistad funciona como sustento del proyecto de Gastón: el

nuevo festival y el holograma de la mujer ideal. Quien expresa un total rechazo por el tipo de existencia del protagonista es la hermana del mismo, quien en varias ocasiones dice: “¿Cuándo vas a bajar del mundo de la fantasía a la realidad? o “¿querés que vea (mi hija) tus dibujitos y salga como vos?” (Brecciaroli, 2015: 59).

Nota reiterada en el protagonista es su deseo de aprender el idioma japonés para traducir los *mangas*. Regala a la chica amada y al amigo los alfabetos silábicos *hiragana* y *katakana* para que se familiaricen con ellos y él se pone a practicar *kanjis* como única actividad escogida en forma personal. Está convencido que Japón es la avanzada de la tecnología, con la aseveración reiterada: “ellos siempre en la vanguardia” (Brecciaroli, 2015: 54).

Poniendo la lupa en el movimiento intercultural y su ficcionalización

El descubrimiento de la universalidad del ser humano, en los puntos más lejanos del planeta, como se hallan Buenos Aires y Tokio, y de la más extraña peculiaridad de un erotismo “oriental” en una cultura diferente como la japonesa, se obtiene gracias al traslado unilateral de los personajes hacia el país nipón. La clarividencia acerca de una relación filial demasiado estrecha y la consciencia del final saludable de dicha etapa, como en el caso de *Okasan*, y el relato del “enamoramiento” del encargado de “En el hotel cápsula”, así lo muestran.

Si por el contrario, el producto cultural “exótico” se traslada en sentido inverso, sus efectos generan en el ambiente local, el medio porteño, situaciones angustiantes, perversas o son disparadoras de temor, como en algunos cuentos de Miguel Sardegna. Contactos de ida y vuelta entre la cultura lejana y la local son propios de la experiencia migratoria: el emigrante japonés de primera generación se empeña en afincarse en el lugar de acogida, la hija del “naturalizado” intenta recuperar las raíces y ante todo los valores de la cultura japonesa, puestos en paralelo con aquellos con los que se ha criado, como es el caso de algunos cuentos de Alejandra Kamiya.

Por su parte, la reproducción del ambiente tradicional japonés en un espacio tan alejado como el argentino es imposible y se vuelve grotesca, sobre todo si se trata de la cultura artística que configura el mundo de una *geisha* en la novela *Hotaru*. Otra moda estética actual, como el *animé* y el *manga*, difundidos y trasplantados no ya por la tradicional estampa, sino por los omnipresentes medios audiovisuales, genera émulos y seguidores que incluso se designan a sí mismos –en la lejanísima Argentina– con la palabra japonesa *otaku*, tal como se titula la novela de Paula Brecciaroli.

A manera de balance

Los procesos de consolidación y de cambio en la representación de otras culturas son significativamente lentos, por lo que es esperable encontrar elementos reiterados y similares valoraciones a lo largo de períodos de tiempo considerables. Desde la imagen del Japón propuesta por Eduardo Wilde, con el halo de “niponfilia” que dejaron sus cartas de viaje en torno al lejano país oriental, la fascinación por su arte y cultura tradicionales ha estado sustentada tanto por la mirada progresista, como por la conservadora de los importantes escritores argentinos que han dejado testimonio de ello. Quienes mostraban intereses filosóficos o religiosos, también encontraron las respuestas satisfactorias en sus monasterios budistas y cultos shintoístas.

La ficción actual argentina, también portadora de imágenes culturales (Siebenmann, 1996: 18), ha escogido en algunos cuentos y novelas aquel espacio lejano para volver a darle un papel central: lugar privilegiado para leyendas e historias que reproducen lo misterioso y singular de aquella cultura, a la vez que mantienen vivos los *topoi* de perfección estética de su arte e introducen, con ese marco, temas universales como el suicidio y las relaciones filiales. La atracción por dicha cultura lleva a intentar trasplantarla a nuestro medio, así como no dejar de explorar la condición de inmigrante/emigrante japonés en la Argentina.

Como aporte a la imagen de Japón en estos años del siglo XXI aparecen las creaciones audiovisuales y las sagas japonesas que obtienen tal atracción sobre los jóvenes como para generar en nuestro país modos de vida similares a aquellos lejanos modelos, reiterando así una admiración irrestricta por encarnar esta vez la vanguardia tecnológica mundial.

Bibliografía

- BRECCIAROLI, Paula, *Otaku*. Buenos Aires: Paisanita Editora, 2015.
- BUJALDÓN DE ESTEVES, Lila, "Eduardo Wilde and Japan: The Japanese Image of an Argentine Writer in the 19th Century". En: *Proceedings of the XIIIth Congress of the International Comparative Association. The Force of Vision, 2*, University of Tokyo Press, 1995, 456-465.
- BUJALDÓN DE ESTEVES, Lila, "Un siècle d'écrivains argentins au Japon". En: DUBOST, Pierre / GASQUET, Axel (eds.), *Les Orients désorientés. Déconstruire l'orientalisme*. Paris: Kimé, 2013. 279-290.
- CAPARROS, Juan, "Niponas", 18 de febrero de 2019. <https://cronicasperiodisticas.wordpress.com/2009/02/18/niponas/>, 29 de septiembre de 2019
- KAMIYA, Alejandra, *Los árboles caídos también son el bosque*. Buenos Aires: Bajolaluna, 2015.
- KAWAMACHI, SANCIÁ, *Hotaru*. Buenos Aires: Del Nuevo Extremo, 2014.
- LEERSEN, Joep, "Image". En: BELLER, Manfred / LEERSEN, Joep, *Imagology. The cultural construction and literary representation of national characters. A critical survey*. Amsterdam: Rodopi, 2007. 342-344.
- PONSOWY, Mori, *Okāsan. Diario de viaje de una madre*. Buenos Aires: Reservoir Books, 2019.
- PUENZO, Lucía, *En el hotel cápsula*. Buenos Aires: Mansalva, 2017.
- SARDEGNA, Miguel, *Hojas que caen sobre otras hojas*. Buenos Aires: Conejos, 2017.
- SIEBENMANN, Gustav, "La investigación de las imágenes mentales. Aspectos metodológicos". En: *Versants* 29 (1996): 5-29.